

Ética

A **Sócrates** se le considera el **fundador de la ética**, o filosofía de la moral. Él fue el primero en cuestionarse el comportamiento humano desde el punto de vista de su relación con la existencia de un bien objetivo y absoluto. Sócrates, en efecto, afirmaba la existencia de **valores morales absolutos** que habría que **conocer** para alcanzar el sumo bien, es decir la **felicidad**. La felicidad no era, para Sócrates, al contrario que, en general, para la mentalidad griega de la época, representada en la figura de los sofistas, algo arbitrario o que dependiera de la libre elección de cada uno. Cada uno podía elegir vivir su vida libremente, pero eso no garantizaba que las decisiones que se tomaran fueran las mejores posibles y que, por el solo hecho de apetecerlas, nos proporcionaran la felicidad. Antes bien, Sócrates consideraba que la felicidad tenía que ver con vivir nuestra vida de la mejor manera posible, de alcanzar la plenitud, de realizar un ideal que no dependía de nuestra voluntad. Se hacía, pues necesario conocer ese ideal y los valores que lo representaba. Esa es la postura que se conoce con la expresión “**intelectualista moral**”: es necesario conocer qué es el bien para poder hacerlo.



De hecho, la radicalidad de Sócrates consiste en que pensaba que el conocimiento de ese ideal y de esos valores era, no solo condición necesaria, sino **suficiente** para realizarlo, pues la sola comprensión del mismo y de su relación la felicidad haría que cualquier persona lo adoptara como forma de vida. A este último aspecto de su doctrina es a lo que se conoce como “**determinismo moral**”, pues viene a decir que la forma de vida que elijamos viene determinada por nuestro conocimiento de la verdad, al menos en el ámbito de la moral.



Sin embargo, así como la primera parte, la relativa al intelectualismo moral va a ser aceptada casi unánimemente durante mucho tiempo, no así el determinismo moral, que ya fue rechazado por su discípulo y admirador **Platón de Atenas**. El respeto que Platón sentía hacia su maestro, con cuyas ideas se identificó, continuándolas, perfeccionándolas y fundamentándolas en la existencia de un mundo real, verdadero, eterno, absoluto y objetivo, personificación del ideal socrático, no anulan su intención de **hacer al ser humano un ser libre y responsable de sus actos**, cuestión ésta que quedaba en entredicho en la teoría socrática al reducir el conjunto de las virtudes a una sola, a saber, la sabiduría, según lo cual no habría culpables (responsables) sino solo ignorantes.

La responsabilidad la resuelve Platón proporcionando a la vida humana un sentido **trascendente**, que no se resuelve favorablemente hasta no haber realizado el ideal. Esta realización depende ciertamente del conocimiento del mismo, pero Platón abre una puerta a la posibilidad de que el sabio, a pesar de serlo, pueda sucumbir al impulso de sus apetitos y de sus pasiones, que podrían aprovechar su debilidad **cegando su razón** y ofuscando su conocimiento.

Aristóteles, discípulo, a su vez, de Platón, y continuador del intelectualismo moral, da un paso más al afirmar que, si bien es necesario el conocimiento de lo que es bueno, no es, sin embargo, suficiente para practicarlo, pues a menudo implica cierta dificultad que ha de ser superada mediante el **esfuerzo** que conduce a la adquisición de un **hábito**.

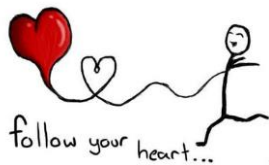


Aristóteles

La filosofía cristiana, al hacer de la libertad la condición natural del ser humano, también suele hacer hincapié en la noción de **mérito**, o sea, la recompensa que merece aquel que se comporta como debe.



Las cuestiones morales vuelven a reproducir en la Edad Moderna la polémica suscitada ya en sus orígenes entre el objetivismo e intelectualismo socráticos, de un lado, y el subjetivismo y escepticismo de los sofistas, de otro, representados respectivamente por el **racionalismo dogmático**, que sitúa en **la moralidad en la propia razón**, afirmando tanto su **universalidad** como la posibilidad de alcanzar **demonstraciones** racionales de la misma (esa fue la pretensión de Descartes, llevada a cabo por Spinoza), y el **escepticismo y emotivismo** de los empiristas como Hobbes o Hume.



Será a partir del siglo XVIII cuando la moral se vacíe de contenido dando lugar a interpretaciones más personales y autónomas de la misma, sin renunciar por ello a una cierta forma, más o menos radical, de objetividad.

Kant desarrolla el **formalismo moral** según el cual la moral no consiste en normas de conducta que nos digan lo que tenemos que hacer, abriendo así la puerta a modos de vida diferentes que, sin embargo, poseen el mismo rango moral. Ahora bien, que diferentes conductas puedan ser igualmente morales no significa que cualquier conducta sea moral. Para que lo sea, es necesario que cumpla ciertas condiciones, a saber, que se pueda **universalizar**, pues, si hay moral, ésta ha de consistir en **leyes** que sean las mismas para todos los seres humanos. Por tanto, las leyes morales tienen que ser **independientes de nuestras apetencias**, de nuestros sentimientos de agrado o de desagrado Y tienen que ser también **necesarias**, es decir, válidas para toda persona, en cualquier circunstancia en la que se encuentre. Si las leyes morales tienen que valer en cualquier circunstancia, **no nos pueden mandar acciones concretas**, pues éstas solo valdrían para ciertas circunstancias particulares. Las leyes morales no nos dicen qué hacer sino **de qué manera (de qué forma)** debe actuar cualquier persona, en cualquier circunstancia en la que se encuentre.



Kant denomina las leyes morales “**imperativos categóricos**”, imperativos porque **manda** y categóricos porque lo hacen **de manera incondicional**, en cualquier circunstancia, sin excepciones.

Ejemplos de estos imperativos son «Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre al mismo tiempo como principio de una legislación universal» o “Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre con el fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio”. Tales imperativos, al exigir su cumplimiento por parte de cualquier ser humano, han de estar inscritos necesariamente **en la propia razón**, por lo que debemos actuar de manera escrupulosamente **autónoma**, siguiendo únicamente los dictados de la propia razón.

LOS MAESTROS DE LA SOSPECHA

MARX, NIETZSCHE, FREUD

Hacia la segunda mitad del siglo XIX aparecerán las **filosofías de la sospecha**, caracterizadas por **cuestionarse el carácter universal y autónomo de la razón**, haciéndola depender de factores externos a ella misma, como la sociedad y la educación (empirismo, Feuerbach), de motivaciones inconscientes (Freud), de las condiciones materiales de vida (Marx), o simplemente negándole validez alguna, como el existencialismo).

El **existencialismo** es también una ética formal que sustituye los conceptos de bien y mal, como universales morales, por lo de **autenticidad** e inautenticidad, de manera que una vida con sentido se caracterizaría por el **compromiso** con un **proyecto** personal.

